

La intolerancia

Sabido es que la intolerancia, ese encerramiento de nuestra razón en círculos férreos; esa arma de múltiples filos a cual más ofensivo; esa mordaza de ideas, de raciocinios, de manifestaciones intelectuales, ha sido en todo tiempo la eterna cortapisa, la infranqueable muralla que la inteligencia humana tuvo por acérrima enemiga. Fué la espada, el escudo y la coraza de la mayor parte de las ignominias que ha tenido que soportar la humanidad.

Fué la intolerancia religiosa que inmoló tantos millares de almas para conseguir y sostener el acatamiento a creencias que glorificaban a un Dios que no se hartaba de chupar sangre humana; fué la intolerancia política que sembró de osamentas la corteza terrestre en toda su inmensa extensión; fué la intolerancia civil que aniquiló a hermanos de raza y los sepultó en la más espantosa de las miserias que imaginar se pueda; fué la intolerancia de individuo a individuo, de padre a hijo, que destruyó tantos hogares y malogró tantas energías!

Esta es la obra de la intolerancia. Y a pesar de la congoja que se apodera de nosotros al tener presente este rol tan funesto que ella encarnó para el desenvolvimiento de la humana civilización, no debemos, empero, asombrarnos de tales resultados. Tengamos en cuenta los factores que le han dado origen, y veremos que no podían ser otros.

En efecto. La mente de nuestros antepasados, moldeada y disciplinada en los dogmas religiosos que tan categórica y rotundamente proclaman la posesión de la verdad absoluta sobre los más trascendentales problemas que se le plantean al hombre, no pudo concebir "esos matices delicados" que nosotros

calificamos con los términos de *probabilidad* y *posibilidad*. Eran términos, éstos, que infundían terror, que caotizaban las conciencias. Y así como para nuestra propia seguridad hemos inventado anteojeras que ponemos a los caballos que enganchamos con el deliberado propósito de que no los asusten posibles impresiones que pudiesen venir de uno y otro lado, para que de este modo, no viendo más que una sola dirección, la recorran con la despreocupación y el vigor de la ignorancia, bajo el látigo autoritario que los azota, así, nuestros padres, sintiéndose tan cómodos con la posesión de la verdad, y para evitar que la impertinente duda golpeará en las puertas de su razón, han adoptado una serie de medidas para que esto no suceda: se han atrincherado, declarando sus convicciones inexpugnables. De esta suerte, ni remotamente pudo pensarse en ponerlas sobre tela de juicio. Pero, viendo que no todos asumían esta actitud, creyeron un deber ineludible, imponerla. Y entonces, no vacilaron ya en la elección de los medios para conseguir su objeto y tranquilizar, así, su conciencia con el deber cumplido. Por otra parte, se trataba de salvar a la humanidad! . . .

De este modo, surge evidente el por qué del espíritu de intolerancia que ha caracterizado a los hombres del pasado. Su génesis está en el dogma religioso. Hoy, que este lazo esclaviza cada vez menos a nuestras conciencias, parecería que la tolerancia más amplia debiese presidir nuestros actos. Desgraciadamente, esta apariencia se eclipsa ante la realidad, que nos demuestra, si no todo lo contrario, sí su existencia en buena parte. Lo que ha desaparecido — hecho, éste, que no deja de constituir toda una conquista — son los medios a los cuales el hombre echaba mano para imponer las verdades que él creía poseer. Es un paso gigante que la humanidad ha dado: pero, de la intolerancia misma, aun conservamos no pequeña dosis.

Hay una tendencia, una aspiración casi unánime que, traducida en hechos, terminaría por sacudir con ese atavismo que tan hondas raíces ha echado en nuestro sér. Pero, a esta aspiración es necesario — nuestro grado de cultura nos lo impone — unir el contingente más ardiente y sincero de nuestra actividad. De otro modo, ella difícilmente triunfará, y hasta es posible que se cristalice adquiriendo los caracteres de una utopía. Y desde el momento que la tolerancia nos merezca este calificativo, hasta es fácil que se produzca una regresión y nos

ponga en el caso de vivir los buenos, los simpáticos tiempos del pasado...

El desenvolvimiento de la inteligencia humana ha llegado ya a un grado tal que le permite sospechar la múltiple variedad y la infinita categoría de aspectos con que se nos presentan las cosas en este mundo; podría ya entrever la absoluta imposibilidad de dar una solución única a los problemas que se nos plantean.

Es preciso, entonces que cada uno de nosotros adquiera la convicción de que el testimonio de los demás puede ser el complemento del nuestro propio; y que, mientras la tolerancia no impere en la mente de cada uno, nuestra grandeza siempre ostentará un balón de ignominia.

León Bronstein.
